

CUIDARNOS







CRÉDITOS:

Cuidarnos: cara a cara, cuerpo a cuerpo

6to Encuentro Iberoamericano De Arte, Trabajo y Economía (6Eiate), 2020

Paulina León Crespo, Gabriela Montalvo, María Fernanda Troya
Quito: FLACSO, 2021

Textos

Sofía Acosta, Josselyn Añazco, Asamblea de Mediadoras, Tatiana Avendaño, Alejandra Bueno de Santiago, Belén Castellanos, Pablo Cardoso (en colaboración con Daniela Álvarez y Carla Salas), Maite Garbayo-Maeztu, Ana Harcha Cortés y Mariela Richmond Vargas, Paulina León Crespo, Karina Mauro, José Machado Gutiérrez, Martina Miño, Gabriela Montalvo, Tania Navarrete, María Fernanda Troya, Paola de la Vega Velastegui

Ilustraciones y fotografías

Josselyn Añazco, Camil Barrales, María Dolores Charvet, José Luis Jácome, Paulina León Crespo, Martina Miño, Juan Montelpare, Maryll Noguera, Aniara Rodado, Glenda Rosero, María Fernanda Troya, Ariadna Vargas

Edición de textos

Jennie Carrasco Molina

Ilustraciones, diseño y diagramación editorial

Nathalia Romero y Ariadna Vargas

ARTE ACTUAL FLACSO

La Pradera E7-174 y Av. Diego de Almagro

Quito – Ecuador

www.artefactual.ec

artefactual@flacso.edu.ec

ISBN: 9789978675557

ARTEACTUAL



Índice

CUIDARNOS: CARA A CARA, CUERPO A CUERPO

Cuidarnos: cara a cara, cuerpo a cuerpo / Paulina León Crespo, Gabriela Montalvo, María Fernanda Troya	13
--	----

A MANERA DE PRÓLOGO

Edipo y Narciso en el bucle de la producción / Belén Castellanos	33
--	----

I. LOS SÍNTOMAS DEL DESCUIDO

· Condiciones de trabajo en las artes y cultura. Una aproximación a su situación en Ecuador en tiempos de COVID-19 / Pablo Cardoso, Carla Salas y Daniela Álvarez	47
---	----

· Pre-Informe 01 del Observatorio Andino de Arte, Cultura y Género / Alejandra Bueno de Santiago.....	53
---	----

· Mediación y precarización: el trabajo invisible de los cuidados en las instituciones culturales / Asamblea de Mediadoras	59
--	----

II. ¿QUIÉN CUIDA A LOS TRABAJADORES DEL ARTE?

· Pandemia y Trabajo Artístico en Buenos Aires / Karina Mauro	85
---	----

· Análisis de datos para una política en femenino / Paola de la Vega Velastegui	97
---	----

· Pronunciamiento de mujeres en las artes	109
---	-----

III. CUERPO Y CARGA

· Mujeres que cargan: relecturas de imágenes maternas / Maite Garbayo-Maeztu.....	123
· Urgencias o emergencias del cuerpo / José Machado Gutiérrez.....	137

IV. CUERPO Y CUIDADO

· Volver a estar juntas / Paulina León Crespo, Gabriela Montalvo, María Fernanda Troya	149
--	-----

V. FUTUROS PREFERIBLES

· Hechicerías para transformar(nos) el mundo / Ana Harcha Cortés y Mariela Richmond Vargas	167
· Atender lx Cuerpx Antenx / Tatiana Avendaño	175
· La palabra <i>necesidad</i> adquiere otra dimensión en la cultura del cuidado / Tania Navarrete	195
· La cuarta (no) persona / Josselyn Añazco	203

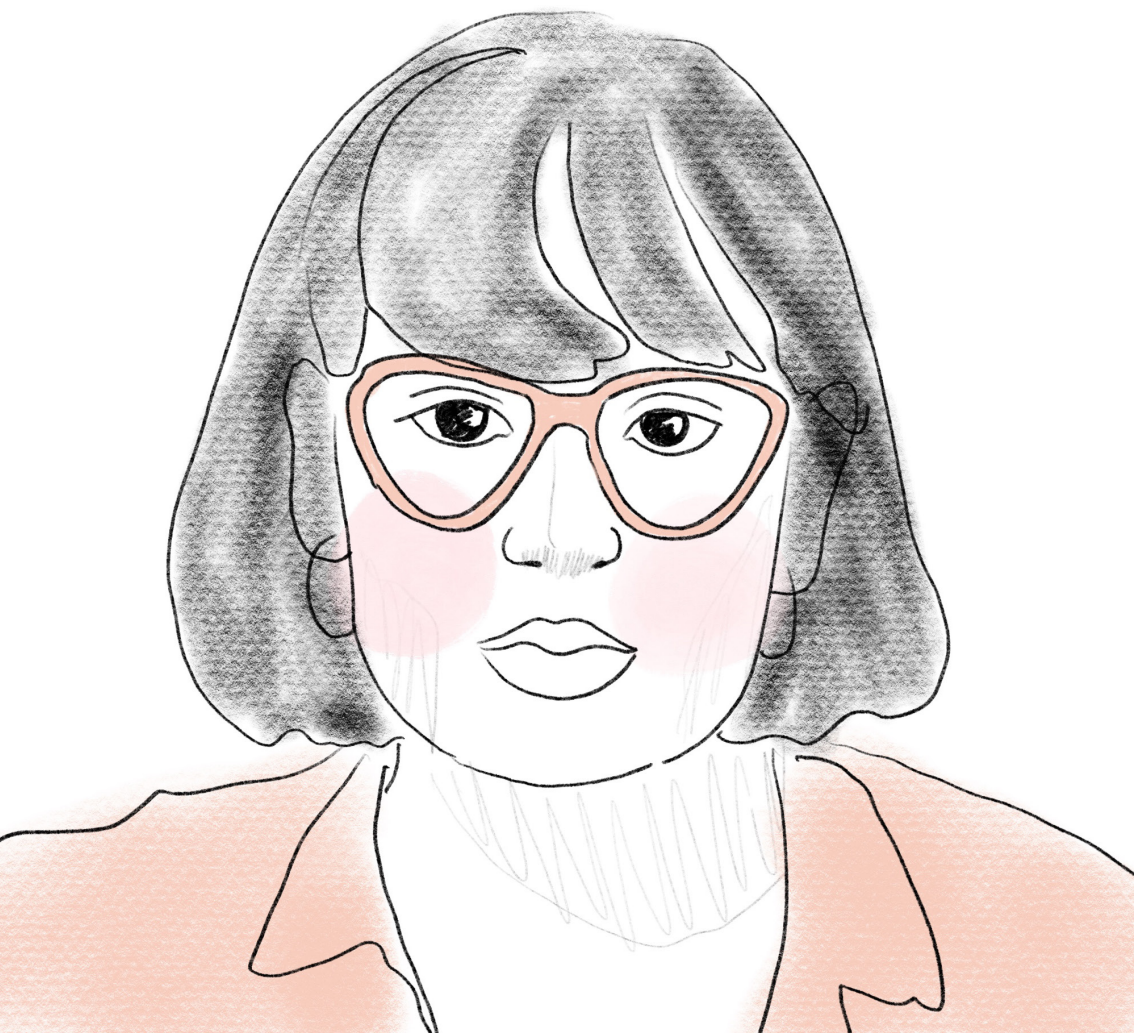
¿CÓMO SOSTENER EL MUNDO SIN LLEVARLO A CUESTAS?

· Reflexiones en curso / Paulina León Crespo, Gabriela Montalvo, María Fernanda Troya.....	211
--	-----

BIOGRAFÍAS

III. CUERPO Y CARGA





Mujeres que cargan: relecturas de imágenes maternas

Maite
Garbay
Maeztu

123

Universitat Oberta de Catalunya
MEDUSA. Géneros en Transición: Masculinidades, Afectos,
Cuerpos y Tecnociencia

Somos cuerpos

En septiembre de 2017 parí un hijo. Vino a marcar la dimensión real del cuerpo, la dimensión real del tiempo. Su cuerpo, mi cuerpo.

Antes, había pensado muchas veces en la materialidad del cuerpo, decía que era el espacio en el que se fundaba lo político. Hablaba de encarnar la teoría en los seminarios

que impartía en la universidad. Ahora, hay veces que me sorprende incluso pensando en cómo sería eliminar el cuerpo. Pienso si sería posible no dar cuenta de él. Vivir como si no existiera. No solo mi cuerpo. Ningún cuerpo.

Eliminar la carga por completo. Cualquier carga. Como una promesa neoliberal de movilidad total, de éxito profesional, de individualidad. Queríamos estar solas para sentirnos libres. Pero una nunca está sola cuando tiene un cuerpo.

Vivimos en un sistema que funciona a partir de la negación y la usurpación de los cuerpos de las mujeres (gestantes o no), y donde esta negación está completamente naturalizada. Ahora bien, el grado de negación/usurpación depende de cuál sea el contexto en el que cada una de nosotras tiene que vivir.

Por eso creo que es muy difícil hablar de “la maternidad”, se estaría esencializando una experiencia que es imposible esencializar. La maternidad se da en muchos contextos y situaciones, que pienso que pueden ser más determinantes que el hecho de materner en sí. Por eso yo, cuando hablo, intento hablar siempre desde una maternidad situada, la mía propia. Una maternidad blanca, europea, heterosexual, con estudios universitarios. Una maternidad compartida casi al 50% con mi pareja, con apoyos familiares, pero que se ha enmarcado en una situación de precariedad laboral y económica y,, por tanto,, en la inseguridad, en la incertidumbre y en el miedo. Entiendo que esto es algo que sucede con muchas madres que trabajamos, o hemos trabajado, en el sector del arte contemporáneo, en el cual la precariedad, como escribe Karina Mauro, en esta misma publicación, al analizar el caso argentino, está a la orden del día.

A pesar de ello, supongo que mi maternidad es una experiencia muy diferente (y privilegiada) si la comparamos, por ejemplo, con la maternidad que experimentan muchas mujeres migrantes y racializadas que viven en la misma ciudad que yo, quienes, además de tener que lidiar con una precariedad laboral y económica mucho mayor que la mía, soportan de forma continua el racismo social e institucional. Pero también es muy diferente a la de algunas mujeres, que pueden pagar por los trabajos domésticos y de cuidados y se ven liberadas de ellos, pudiendo dedicarse únicamente a investigar y a pasar lo que ahora se llama “tiempo de calidad” con sus hijas/os.

Yo he vivido la maternidad como un espacio de subalternidad, como una posición en la que me he sentido más vulnerable que nunca. No subrayo esto, necesariamente, como algo negativo, porque creo que precisamente aquí se halla la potencia más transformadora de la maternidad. En esta vulnerabilidad, como posición abierta, receptiva, como espacio de autoconsciencia, de aprendizaje, de trabajo feminista, pero también como lugar de enfado, de rabia, de queja y de protesta.

125

Me interesan mucho las quejas de las madres, porque, como ha señalado Jacqueline Rose, en Occidente, “la madre tiene que ser noble y estar inmersa en una agonía redentora, tiene que mostrar el sufrimiento del mundo grabado a fuego en la cara, y llevar auestas la pesada carga de la desgracia humana, la cual aplaca, en nombre de todos nosotros, si bien lo que el dolor de las madres no debe mostrar nunca es la cruda injusticia del mundo en el caos que lo gobierna”. (Rose 2018, 12) ¿Qué les estamos haciendo (...) (a las madres) – se pregunta Rose- cuando esperamos que lleven la carga de todo lo que es más difícil de contemplar y de soportar, tanto de nuestra sociedad como de nosotros mismos? (14)

Cuando me hablan de la dureza de la maternidad, suelo responder que lo que es duro no es materner por sí mismo, sino materner aquí, en medio de esta sociedad tan hostil, tan machista y tan neoliberal. Fuera de este contexto tan poco amable, imagino materner como una experiencia que podría estar llena de amor y ternura, como un encuentro con el propio cuerpo y con el cuerpo del otro/a, no exento de tensiones y conflictos, pero absolutamente transformador.

126 Pero siento que en el aquí y en el ahora, aunque a veces “robamos” un poco de tiempo para vivir algo de todo esto, somos también arrojadas a toda una serie de violencias (médicas, estatales, institucionales, sociales), que son las que convierten la maternidad en una experiencia ardua. Recuerdo los primeros meses después de que naciera mi hijo, solía hablar mucho con una amiga que también acababa de ser madre y la pregunta más recurrente que nos hacíamos era: ¿Cómo es posible tener que criar en estas condiciones?! Nos referíamos, sobre todo, a la soledad derivada de la total individualización/nuclearización del cuidado, pero también a la precariedad económica de nuestros trabajos, a la violencia institucional contra las madres, o a la fuerte presión e incomprensión a las que estábamos sujetas por la imposibilidad de cumplir con los *deadlines* y los compromisos de trabajo en nuestra nueva situación, en la que el tiempo que teníamos para dedicar a algo que no fuera el cuidado, se había reducido drásticamente.

Con la maternidad, ocurre una y otra vez, que se niegan los procesos encarnados que nos atraviesan, que se niega el cuerpo. Me preocupa que no se hable sobre maternidad y que se invisibilicen sistemáticamente los cuerpos que cargan (y los cuerpos que cuidan

y los cuerpos enfermos) en los contextos laborales/institucionales en los que se inscriben las prácticas artísticas contemporáneas. Aquí, en general, sí que pienso que se niega y se invisibiliza la maternidad, como se niega o se pasa por alto (a pesar de ser por todas/os conocida) la precarización absoluta de quienes trabajamos en el sector del arte contemporáneo. Que se invisibilicen la maternidad y la crianza nos precariza todavía más, y pone de manifiesto la enorme incompatibilidad entre criar y un tipo de trabajo que requiere disponibilidad total, flexibilidad extrema, hipermovilidad constante, competitividad y, en el que escasean los contratos estables y, por tanto, las prestaciones laborales de cualquier tipo (vacaciones, bajas, jubilaciones). La crianza, en medio de este marco de desprotección e incertidumbre, se convierte en una carga que pesa, que impide avanzar, que de algún modo te deja fuera de esta carrera de fondo, precarizándote aún más. ¿Cómo darle la vuelta a esto?

127

A mí me ha supuesto mucho malestar, creo que todavía vivo una gran contradicción. Pero me he dado cuenta de que la maternidad (y el cuidado en general, supongo), es una oportunidad para poner un poco de freno a esta autoexplotación desmedida a la que nos entregamos con poco espíritu crítico, en la que el trabajo, como ha señalado Isabell Lorey, “reclama a la persona en su totalidad” (Lorey 2008, 21), invadiendo todos los ámbitos de nuestras vidas. En este sentido, creo que la crianza es un espacio de subversión, o al menos un espacio de posibilidad, de apertura a otras formas de situarnos en la vida.

Aun así, es difícil interiorizar esta cuestión y parar. A las mujeres de mi generación, nos han educado para ser autónomas, para poner siempre por delante nuestra “realización” profesional. Y pienso que buena parte de nuestro deseo va en esa dirección. Los discursos del

feminismo blanco y liberal preponderante durante las décadas de los setenta y los ochenta, postularon la independencia económica y afectiva y nos enseñaron a valorar la autonomía personal por encima de todas las cosas. Desde esta posición, quizás necesaria en aquel momento, la maternidad ha sido leída como una obligación patriarcal, como una carga y como una cárcel para las mujeres. Frente al discurso hegemónico que mistifica, pacifica y dulcifica la maternidad, el discurso feminista liberal (que en algunos contextos está empezando a ser bastante hegemónico), la denosta.

128 Esta posición me parece simplista y paternalista y, además, creo que a estas alturas ya nos ha quedado muy claro que nuestra supuesta emancipación no vendrá de la mano ni de la explotación ni de la autoexplotación laboral (de hecho, más bien, ahí está nuestra sujeción). Las críticas de un cierto feminismo a la opción de maternar proceden de considerarla una amenaza para la autonomía. Pero, ¿a quién le interesa esa noción de autonomía, que viene de la modernidad occidental e ilustrada, y que es colonial y profundamente patriarcal?

La maternidad y el cuidado de otrxs nos devuelven al cuerpo, al peso del cuerpo, a las condiciones materiales de la carne. Nos recuerdan aquello que habíamos olvidado: que fuimos cuidadas y volveremos a serlo, y que la ilusión de autonomía no es más que una falacia neoliberal, que en la práctica solo pueden performar durante un tiempo determinado algunos sujetos que ocupan posiciones privilegiadas de género, raza y clase social.

Es esta vuelta al peso del cuerpo la que, para mí, condensa esta experiencia al mismo tiempo subalterna y subversiva de la maternidad a la que me refiero. Y, es a partir de aquí que he empezado a pensar la carga. La carga como esquema

motor, la carga como materialidad, como encuentro entre dos cuerpos, como pauta de un real que erosiona la idealización de la imagen materna, y que, en mi opinión, es capaz de reinscribir la agencia y el deseo de la madre.

En este sentido, mi propuesta, hoy aquí, intenta problematizar la creencia, bastante generalizada en el campo de la historia del arte y, a mi modo de ver, simplista, de que las imágenes de madres son conservadoras, que su función es mantener el *statu quo* y que la iconografía de lo materno apuntala un tipo de ideología discriminatoria que relega a las mujeres al ámbito de lo privado y a su labor de reproductoras de la nación. Las imágenes que presentaré a continuación, pueden leerse como momentos “en los que las madres dicen lo que no puede decirse”, en los que las madres “tiran por tierra las expectativas puestas en ellas y se atreven a jugar con una baraja distinta”. (Rose 2018, 46)

Mujeres que cargan

129

Entre 1936 y 1939, la artista madrileña Francis Bartolozzi realizó la serie *Dibujos de la guerra* mientras trabajaba para el Altavoz del Frente, organismo dependiente del Gobierno de la República. No se hicieron públicos hasta los años ochenta porque la artista los escondió debajo del colchón de su cama y los mantuvo allí durante toda la dictadura.

La serie, en la que aparecen mayormente mujeres cargando (niños, sacos, bolsas, enseres domésticos) explora la cotidianidad y el sufrimiento de la población durante la Guerra Civil Española, y aporta una mirada muy particular sobre el conflicto bélico, alejada de heroísmos y de la primera fila del frente. Una mirada periférica y femenina (no en el sentido esencialista del término, sino entendida como otra lógica fuera del relato unilateral) de la guerra, que resulta en una iconografía singular, pues narra la

historia desde un punto de vista que normalmente se oculta.

Francis Bartolozzi dibuja desde el conocimiento situado (Haraway, 1995), desde la posición de alguien que conocerá en primera persona esa noción de "carga" que dibuja, pues además de ser mujer, fue madre de cuatro hijos, lo que sin duda afectó decisivamente a su carrera como artista. En sus dibujos, la carga (equiparada al cuidado) se convierte en esquema motor que activa nuevos imaginarios y produce una subjetividad distinta a la del miliciano en primera línea del frente, pero también distinta a la del artista como genio individual, autónomo y dedicado exclusivamente a la creación, que era la concepción del artista que primaba en aquel momento. La iconografía de la carga está también presente en los trabajos de otras mujeres artistas de la época, como Manuela Ballester, que en *¡Votad al Frente Popular!* (1936) sitúa a una mujer cargando un niño como emblema de la feminidad republicana, o Juana Francisca, que, en el Pabellón de la República Española de 1937, en París, presentó una imagen de una mujer cargando un soldado muerto.

130

La visualidad de la época de la Guerra Civil está repleta de imágenes de madres que cargan y cuidan. Las vemos con sus hijos en brazos, andando por las calles de Madrid o escapando de aquellas ciudades y pueblos que han sido tomados. Las vemos en algunas de las obras icónicas presentadas en el Pabellón Español de la República de París (Julio González, Picasso, Horacio Ferrer, Rafael González Sáenz), las vemos en los muros de las calles, como íconos de múltiples carteles realizados por ambos bandos.

Mi hipótesis es que las representaciones de maternidad



Votad al Frente Popular, Manuela Ballester, 1936

que ponen en circulación algunas artistas en la época y algunas imágenes de la cultura popular, plantean interesantes quiebres y desvíos de los modos de representar lo materno que fueron hegemónicos en aquel momento, y que estaban, mayormente, al servicio de una idealización de la madre de corte patriarcal, épico, patriótico y propagandístico.

Los *Dibujos de la guerra* de Francis Bartolozzi, permiten repensar la representación de lo materno desde la mirada de una mujer artista durante la Guerra Civil. Al equiparar la maternidad con la noción de carga, estas representaciones maternas se alejan de la idealización que les suele ser propia. A través de la carga, Bartolozzi plantea una forma distinta de entender la relación con el otro, basada en

llevar, sostener y cuidar. Anclada en la vulnerabilidad y en la interdependencia, y alejada de lógicas relacionales sujeto-objeto. Bracha Ettinger propone el concepto de “carriance”, que no posee una traducción directa al castellano, y que implica llevar a algo/alguien, contenerlo haciéndose responsable de ello, cuidándolo activamente. La metáfora de “carriance” sería el cuerpo femenino gestante, que nos recuerda que nunca hemos estado solos, y que somos siempre en relación a otro (Ettinger, 2015). *Los Dibujos de la guerra* nos sitúan en un paradigma de intersubjetividad al que llegamos a partir de la carga como recuerdo de la ligazón permanente a un otro, pero también a partir de la vivencia empática y corporeizada de la Guerra Civil.

132

En los *Dibujos de la guerra*, la maternidad, es algo que pesa y dificulta el avance, como apreciamos en estos cuerpos cansados que cargan, pero que dadas las circunstancias no tienen más remedio que intentar avanzar¹. Esto los diferencia de ciertas alegorías en las que la maternidad aparece como una posición idealizada e instrumentalizada al servicio de la propaganda política y de la ideología hegemónica y masculina. Frente al peso que soportan las mujeres retratadas por Bartolozzi (quien realizó estos dibujos a partir de fotografías de la época), muchas imágenes de maternidad producidas en la época, sobre todo para carteles de ambos bandos, muestran niños ingrátidos alzados por su madre sin ninguna dificultad, junto a mensajes de corte paternalista que sitúan a la madre y al niño como seres inferiores a quienes hay que proteger y

¹ Por ejemplo podemos ver la obra *Con la casa auestas - Mujeres*, (Dibujos de la guerra), Francis Bartolozzi, 1938, Colección Museo de Navarra, en el siguiente link: <http://ceres.mcu.es/pages/Viewer?accion=4&AMuseo=MNANA&Ninv=CEooo424> Nota de las editoras.

dirigir por el bien de la patria. Imágenes que convierten a la maternidad en una alegoría para promover la compasión y quizás la empatía y la identificación con la figura materna. En general, además, los hijos siempre son hijos, y nunca hijas, pues la cultura occidental niega sistemáticamente la relación madre-hija.

Este tipo de imágenes contrastan con los cuerpos inclinados de las madres que aparecen en los dibujos de Bartolozzi, o de otras madres dibujadas por la artista Juana Francisca, que se inclinan hacia su hijo, lo cobijan y lo abrazan. Dice Adriana Cavarero que cuando nos «inclinamos» hacia el otro se produce un movimiento que nos lleva fuera de nosotros mismos. La filósofa nos recuerda que la modernidad sitúa en el centro de la escena a un yo autónomo, en posición recta y vertical. La inclinación, por el contrario, conforma un tipo de sujeto que ya no es recto, sino que pende fuera del eje vertical que lo dirige. El amor, como aquello que nos inclina al otro, nos coloca en una posición de dependencia y pone en entredicho la noción de autonomía sobre la que se asienta el sujeto central de la filosofía moderna desde Kant (Cavarero 2013, 15).

133

Los cuerpos de las mujeres que marchan, que huyen del avance del fascismo, son, en los dibujos de Bartolozzi, cuerpos cansados que preludian un exilio que no tardará en llegar, cuerpos derrotados pero que muestran una enorme potencia para seguir adelante. Con la casa a cuestas muestra en primer plano a una mujer que carga, pero que no se deja doblegar por el peso que soporta. La imagen, que quizás podríamos definir como andrógina, posee algunos rasgos que tradicionalmente se asocian a la representación de lo masculino, como la fuerza, la musculatura de sus brazos o el considerable tamaño de manos y pies.

La materialidad de los cuerpos se torna omnipresente en la visualidad de la época, en las imágenes de carga, de miedo, de exilio, de huida, de trauma. En las fotografías de los campos de concentración que recuerdan a otros campos que en la contemporaneidad circundan también el mar Mediterráneo. Imágenes en las que las madres cargan a sus hijos e hijas, y cargan las pocas cosas que les quedan, en medio de la desposesión más absoluta.

Pensaba, hoy, mientras volvía a mirar estos dibujos, en ese cuerpo usurpado, ocluido, que se hace enormemente visible y enormemente presente en los momentos de crisis. Pensaba en la carga, en la materialidad que han vuelto a hacerse evidentes en la crisis que vivimos y que han situado en primer plano la importancia del cuidado, de la interdependencia, de la vulnerabilidad y del sostenimiento de los cuerpos. Pensaba que el escándalo en las residencias de ancianos (que en España han sido lugares donde han muerto muchísimas personas); que la imposibilidad de compatibilizar cuidado y trabajo; que la enfermedad y la muerte, han puesto en el centro la materialidad de unos cuerpos que fueron cuidados y necesitarán ser cuidados.

Tenemos que entender que esta crisis no es esa guerra incorpórea y aséptica que invade los discursos emitidos por los gobiernos, que somos cuerpos, y en cuanto tales, nos sostenemos solo en relación a otros. Que es prioritario que las vidas merezcan ser vividas, y que por eso muchas de nosotras no compartimos ese concepto productivista y moralista de "vida" (que está siendo central en esta crisis), porque es el mismo que nos niega, por ejemplo, el derecho al aborto y a la muerte digna. Que nos niega la agencia, el deseo y el cuerpo a las madres que cargamos y cuidamos.

Referencias:

- Cavarero, Adriana. 2013. *Inclinazioni. Critica della rettitudine*. Milano: Raffaello Cortina Editore.
- Ettinger, Bracha. 2015. *And My Heart Wound-space With-in Me. The Space of Carriance*. In *And My Heart Wound Space*. Leeds: Wild Pansy Press and 14th Istanbul Biennial.
- Haraway, Donna. 1995. *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*. Madrid: Càtedra.
- Lorey, Isabell. 2008. "Gubernamentalidad y precarización de sí. Sobre la normalización de los productores y las productoras culturales". En *Producción cultural y prácticas instituyentes. Líneas de ruptura en la crítica institucional*. Madrid: Traficantes de sueños, 57-78.
- Rose, Jacqueline. 2018. *Mothers: An essay on love and cruelty*. London: Faber & Faber Ltd.

